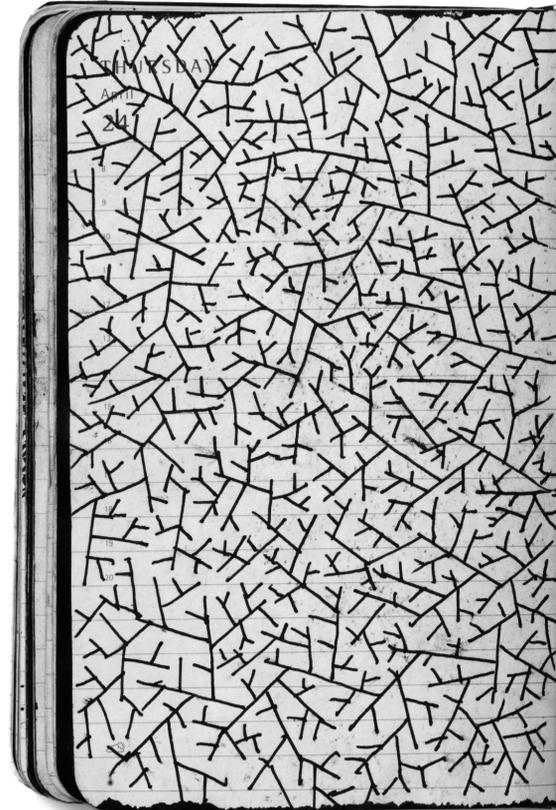


El error de Descartes

Manuel Desviat

Pep Carrió, *Los días al revés*,
La Fábrica, 2012



Por ello supe que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza es el pensar, y que para su existencia no hay necesidad de ningún lugar, ni depende de ninguna cosa material; de manera que este "yo", es decir, el alma por la que soy, es completamente distinta del cuerpo, e incluso es más fácil de conocer que éste; e incluso si no existiera el cuerpo, el alma no cesaría de ser lo que es.
(Descartes, El discurso del método.)

El 22 de mayo está anunciada la aparición del DSM V como si de una nueva versión de iPhone se tratara. Su contenido, ya conocido por muchas filtraciones y hasta publicaciones en estos últimos años, consagra una visión reduccionista del enfermar y la tendencia a psiquiatrizar el malestar o la simple búsqueda del bienestar. Con él se hace realidad una vieja aspiración de la empresa farmacéutica:

hacer fármacos para gente sana. El desarrollo de la neurociencia, que debería significar un avance en el conocimiento del ser humano está sirviendo sin embargo para erigir en verdad absoluta conocimientos parciales de la realidad. Convertida, por la psiquiatría que se hace llamar biológica, en tecnociencia, reduce la complejidad del mundo, prescinde de los valores restringidos a hechos, y establece un



lenguaje pretendidamente universal, en beneficio de sus patrocinadores; en beneficio de la globalización farmacéutica.

La separación cuerpo mente no es una tendencia nueva en medicina ni en la filosofía, recordemos las ideas de Platón en el *Fedón*, pero se hace dominante en la medicina occidental a partir de lo que Damasio denomina "el error de Descartes". La idea cartesiana de una mente separada del cuerpo va a influir hasta nuestros días en la manera en que la medicina enfoca el conocimiento, la investigación y la práctica médica; causando la incomprensión, tan habitual en la sanidad actual, de las repercusiones psicológicas que ocasionan las en-

fermedades del cuerpo y, a su vez, la ignorancia de la patología orgánica que pueden ocasionar los conflictos psíquicos. Reducción presente en la psiquiatría, pero también, paradójicamente, en la psicología cognitiva que predica el estudio de la mente como un software, que puede ser estudiado sin el hardware, sin el soporte maquínico que es el cuerpo. Por no hablar de los extropianos que investigan la posibilidad de descarga de las redes neuronales idiosincrásicas de nuestras mentes a la memoria de un ordenador y el soporte cuerpo como algo superfluo.

Mas ya en tiempos de Descartes, surge la antítesis relativamente oculta por la beligerancia y el poder de la iglesia, en la obra de Baruch Spinoza, que se adelanta a su tiempo en el estudio de la dinámica del comportamiento humano, planteando la relación emoción (cuerpo) y sentimiento (mente) como dos caras de la misma moneda. Mientras las sensaciones son visuales, acústicas, táctiles..., los sentimientos, el miedo, la alegría, el odio, el deseo, son una elaboración de la conciencia que repercute a su vez en el cuerpo. Sentir es un proceso que tiene dos partes: la experiencia cognitivo emocional que provoca el objeto y los efectos que dicha experiencia desencadena.

Algo que parece obvio, sobre todo en una época que pudiera parecer en la ciencia ajena a los oscurantismos de las religiones y sin embargo la escisión cartesiana sigue presente en buena parte de nuestros científicos y pensadores. Como pretende ser única en psiquiatría la verdad, una verdad basa-

Damasio A. *El error de Descartes*. Critica, 2001

da en pruebas, en la evidencia, cuando si buscáramos qué es evidencia en la filosofía de la ciencia, encontraríamos que nunca hay una evidencia que certifique que una teoría sea verdadera; la observación es siempre “teoría cargada”, es decir contaminada por presuposiciones teóricas previas; contaminadas por los propios científicos que las estudian (Kant, Kuhn...); o, según los relativistas de hoy, por factores que van mucho más allá de los confines del laboratorio, sociales, políticos y culturales.

Una psiquiatría anclada en un eje biológico, pero también psicológico, social, político

Átopos viene desde su número 0 defendiendo una psiquiatría y una psicología plurales, que abarquen las distintas áreas del conocimiento, las distintas aproximaciones al ser humano en su contexto social y antropológico. Una psicopatología anclada en un eje biológico, pero también psicológico, social, político. Un conocimiento siempre inconcluso, ajeno a toda verdad canónica. Nos importa el cuerpo, las emociones, los sentimientos, el deseo; toda la urdimbre que une la necesidad con la subjetividad; nos importan los condicionamientos genéticos, culturales, pero siempre desde la inexcusable libertad que nos confiere como humanos.

El problema, la gravedad del problema, está en que no se trata de un debate académico sobre la verdad psicopatológica, sobre la cientificidad de la naturaleza o el espíritu; la cuestión es, y aquí está la amenaza para el saber y el hacer en salud mental, que la psiquiatría biológica aupada en el poder económico y político, está provocando un retroceso, cuando no la simple desaparición, del

estudio y de los programas de investigación que no se atengan a sus fines. Y la gravedad del problema está en que esta psiquiatría monocolor está imponiendo formas de organización de la asistencia a la salud mental, a instancias de las políticas privatizadoras neoliberales. Unas políticas que eluden la obligación del Estado en la atención a salud, individualizando la responsabilidad en el enfermar y en la discapacidad, y por tanto en su pago. Unas políticas que en nombre de la ciencia, están convirtiendo en mercancía tanto el conocimiento como los aseguramientos sociales, sanitarios, educativos, científicos.

Seguramente, el pensamiento único y la psiquiatría del cerebro y la farmacia no serán el fin de la psiquiatría, convertida en neuropsiquiatría, pero sí pueden suponer su estancamiento en un periodo histórico que alcance a varias generaciones. La venta de los hospitales y la privatización de los empleos tal como se está ensayando en la sanidad madrileña, de seguir triunfando, hipotecan la sanidad y el modelo de la salud mental actual por varias décadas, e hipotecan la ciencia desde la mediocridad y la ignorancia de los líderes a sueldo que sitúan los poderes financieros y políticos para regir las instituciones académicas y asistenciales.

Con todo quedan opciones. La sanidad pública no se vende, se defiende. El mundo siempre ha tenido amos, pero también siempre ha habido personas y colectivos que desobedecían a los amos.

Lo que está en juego es un modelo de sociedad.